

FUNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS ; REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN . Lorca, Miercoles 24 de Agosto 1932

Diálogos

Traicionando ideales y sentimientos

Carta interesante

—¿Qué trae esta tarde el bueno de don Cástulo?

—¡Pchs! Poquita cosa mi estimado don Patricio.

—¡Ah, viejo pícaro! Torpe es usted para disimular sus impresiones. Ni ese semblante es el de ayer ni esos nervios vienen amantillados como Star en manos de pistolero. Su placidez me encanta, don Cástulo.

—Oigame, don Patricio. Usted habrá pensado más de una vez: —¡pero este diablo de hombre es una oruga!— Pues no señor, no hay tal. Soy una malva, mi carísimo amigo; se lo afirmo a fé de Cástulo Rendueles. Ahora bien, que no me toquen a la marina, mi señor don Patricio, que no me toquen a la marina, porque se acabó la bondad y la mansedumbre. ¡Se acabó la malva! Pero es que consiste la bondad en pasar por todo, aprobarlo todo y aceptarlo todo? No, hombre, no. Eso no es bondad, eso es mansedumbre borreguil, mi sesudo amigo. Bien está que pase uno por malva, ¿pero por borrego? ¡Quiá! Le digo a usted que a mí no me esquilan. Eso a Gassol.

—¡Admirable y de acuerdo!

—Naturalmente. ¡Si la verdad no tiene más que un camino, uno solo! ¿Hay quien se desvíe? ¡Pues garrotazo y tente tieso!

—Camino de perfección es usted mi valiente amigo.

—Tanto como eso, no. Pero un espíritu pervertido, un ente inmoral, un esclavo sumiso de su propia ambición, tampoco. Vivir con la conciencia dormida, jamás! Y convengamos en que hay quien nació con la conciencia dormida y cuando intenta despertar le da op'o para que siga amodorrada.

—Convenido.

—Mire usted: yo me explico todas las vicisitudes, todas las amarguras, todos los sacrificios en aras de un ideal, sea este el que quiera. Allí cada cual con sus ideas, y benditos los labios que hablan inspirados por la fé. Pero que Buda o Confucio, Cristo o Mahoma sean convertidos en escudos en parapetos, en testafierros de hipócritas y vulgares ambiciosos sin Dios — como no sea para engañarlo —, sin patria — como no sea para explotarla —, y sin ley — como no sea la del embudo —, eso no, no, y no, don Patricio. ¡Por esas caudinas no paso yo, si resucitaran todos los samnitas de los pasados tiempos!

—Alabo su entereza.

—¿Pero usted cree que los católi-

cos dignos y sinceros — que los hay don Patricio, que los hay — pueden ererer en la fe religiosa, en los sentimientos católicos ni aún en la seriedad como hombres de los que llamándose católicos fervientes y políticos serios amén de monárquicos recalcitrantes, van en bochornoso contubernio con republicanos socialistas patrocinadores y amparadores de la extinción del catolicismo? ¿Se concibe ese maridaje repugnante? ¿Cabe en cualquier conciencia medianamente sana? ¿Puede apadrinar tan monstruosa aberración, liga tan hedionda, el católico sincero, el monárquico por convicción, el político serio? ¿Se llevó a cabo alguna vez alianza más repudiable y vergonzosa? ¿Pero usted cree que los republicanos, los que sienten el espíritu democrático, los que lo practican y tienen fe, verdadera fe en la democracia, pueden creer ni remotamente en el falso, acomodaticio y miserable republicanismo de estos radicales socialistas nacidos por generación espontánea en nuestra ciudad como nacen los piojos en las cabezas tiñosas, viéndoles realizar el inconcebible concubinato con los católicos monárquicos? De este asqueante ayuntamiento, ¿cuál puede ser el fruto? ¿Qué condiciones de vitalidad traerá el engendro? ¿Qué formas impensadas adoptará?

—Fenómeno curiosísimo deberá ser, don Cástulo.

—¿Verdad que el distinguido fisiólogo Sr. Méndez arderá en desec de que ese alumbramiento se verifique para estudiar las condiciones de la vida del extraño ser?

—¿Pero será un ser orgánico, amigo don Cástulo?

—He ahí mis dudas que no hay quien disipe. ¿Quién pronostica conociendo la corrompida materia fecundante? ¿Cuaquiera esperaba fruto de... bendición! ¿Terdrá forma humana? No cabe la hipótesis. ¿Tendrá la cabeza como de Jabali, cuerpo escamoso como el del cainán y patas con garras como el gerifalte? ¿Tendrá aceradas puas como el puerco espín o piel de raposa? ¿Alas de murciélago o tentáculos de pulpo gigantesco? ¿Pertenece a la fauna terrestre o a la marítima? ¿Será anfibio quizás? ¿Algo invertebrado y reptiliforme? ¿Materia gelatinosa repulsiva al tacto? ¡Ay don Patricio de mi vida, que es mucho parto el que esperamos!

—¡Con tal que no sea el de los montes!

—Bien puede haber ratón y... gato encerrado.

—Espectación despierta el alumbramiento. ¿Será feliz? ¿Será desgraciado? ¿Habrá que apelar a los forceps? ¿Será precisa la operación cesárea?

—Por lo pronto se dice de público que de matrona ejercerá el gran Pepico.

—¡Malo, malo, mi querido amigo. No ignora usted que su asidua asistencia estuvo a punto de comprometer seriamente la existencia del primer Alcalde de la República. Sombra de manzanillo, don Cástulo.

—¿Quién sabe si lo hay? Ya le dije que el doctor Méndez...

—Como fisiólogo, adm'rabie.

—Y el doctor Pallarés, como anatómico...

—¿Pero es que usted da por muerto el engendro?

—¡Libreme Dios de pronosticar! Pero un bicho ciervo-upetista-monárquico-republicano socialista, ¿cree usted que de vivir no tendrá vida efímera? ¿Cree usted que no hay monárquicos por convicción y católicos sinceros a quienes repugna este contubernio indigno? Pues lea, mi amigo, esta carta, reflejo de un criterio sano y de un juicio recto, a quien avergüenza ser comparsa de esta farsa. Como ve, está dirigida a los adalides de la Acción Popular y colaboradores de los radicales socialistas:

Muy Srs. míos y particulares amigos: Recibo su atenta y cariñosa carta del 15 del actual en la que me solicitan los votos para las próximas elecciones a delegados de la Mancomunidad Hidrográfica del Segura; pero he de manifestarles con leal franqueza que, ni como católico que soy ni como monárquico sin rey que así me considero, haciendo uso de una frase de don José Sánchez Guerra, me permite mi conciencia prestar apoyo a esa alianza hecha por ustedes que católicos y monárquicos se llaman, con los republicanos socialistas.

Entendí siempre que ser católico, no es practicar el jesuitismo que no repara en los medios para obtener el fin. Mi conciencia rechazó siempre y seguirá rechazando el empleo de medios tan reprobables como son los de prestar apoyo a unos republicanos radicales socialistas que como antipo-

Corolarios (1)

"BAJE USTED AL SUELO"

Debemos oír los periodistas las apreciaciones de nuestros lectores. (Si ellos no van más allá del zapatero de Apeles.) Claro, que si rebasan el límite de su área de enjuiciar, se les dice como reza en la anécdota en que habla el retratista del Magno Alejandro: «Zapatero, a tus zapatos.»

No es el caso. A mí me dice uno de mis asiduos lectores: «Baje usted al suelo.» Y como tiene razón, y la gran masa de lectores no discrepa del preopinante, me someto y cambio de estilo.

Así es que bien pudiera titular hoy como ayer: «Lo menos que se puede pedir».

Si se nos ocurriera, tras una noche pasada en rosados sueños, pedir que nuestros muncípes, por arte de debirlirloque, nos convirtieran en ciudad edénica, al estilo de un San Sebastián, por mentecatos, mereceríamos una atención desdeñosa; si puerilmente arbitristas, la benévola aquiescencia que los sueños infantiles merecen; ya que convenimos con el profesor Domingo Barnés, como no es muy distinta la vida imaginativa del niño de la vida imaginada por el poeta, y en la manera que la imaginación sostiene también el mundo hipotético de la Ciencia.

Oigo de nuevo la advertencia: «Baje usted al suelo.» Bien, al suelo vamos.

¿Puede el Municipio lorquino regularizar la más elemental función de presupuestar al mínimun sus gastos y sus ingresos, sin inflacionismos ni mentiras, todo a lo pobre, como casa en que se vive con la mayor honestidad dentro de una precaria modestia?

Para que el presupuesto municipal se adcentase — y este adcentamiento requiere asegurar su liquidación correcta — es condición precisa formular los ingresos a base de realidades. (He aquí donde los maquiavelos juegan todas sus artes de fulleros y donde

caen los comparsas, pobres concejales, elegidos casi todos entre ciegos de nacimiento).

¿Por qué el presupuesto de ingresos es el campo de la mentira, *isabianamente elegido!*, para todo ulterior desafuero?

Hemos llegado a la GRAN INMORALIDAD.

El régimen, la organización tributaria del Municipio, este manantial potísimo es, *intencionalmente*, un absurdo con otro. La técnica para su confección, si alguna vez halla un agente enterado y decente — que los hay, y me consta, en nuestro Ayuntamiento —, ya sabe cual suerte correrá su obra. Será mutilada.

Porque el caso es poner las piezas en el tablero, con tal arbitrariedad, que la partida se la lleve la osadía.

Los ricos lorquinos, a la chita callando, sin poner en peligro su alma — aislados de toda contaminación — se dejan imponer cuotas parvas. Ellos protestan de lo mal que va la cosa pública — ¡pesse caciquill! —; pero ellos, o tributan ilegalmente o... no tributan Gentes de orden, detestan al cacique; pero de él reciben toda suerte de beneficios inconfesables. Siempre inhibidos de los daños de la mala política, pulcros; mas, comprensivos y cordiales, rinden su voto, sin estridencias impropias de gentes educadas, al que manda... sea quien fuere... Que si la conciencia en algun momento puede remorder, ellos — ¡felices criaturas! — tienen el consuelo que no los protervos: van al tribunal de la penitencia.

Corto, que estoy en la cuartilla cuarta. Es abusar del lector en asunto deslabazado y de poca monta. Pero he bajado al suelo, lector, como me ordenaste.

¿Te explicas, os explicais, como las gentes de mayor relieve son tan discretas?

JOAQUIN MARTINEZ PERIER

(1) Por error se decía en nuestros Corolarios de ayer: «la fatalidad que nos inferioriza requiere este infierno juzgante en que vivimos.» Debía decirse *pur-gante*.

das e incompatibles debieran ustedes considerar, tanto por el ideal que sustentan pretenden, como por la desdichadísima conducta política que vienen observando condenada y reprobada por todas las personas que se precian de rectas y serias. Dejaría yo de ser lo uno y lo otro, si me prestara o por cándido o por apasionado a contribuir a ese contubernio a todas luces monstruoso que, no sé a quien rebaja más, si a ustedes que son los que prestan el apoyo, o a ellos que tan cínicamente lo solicitan.

De un modo o de otro, las personas que en algo estimen su concien-

cia religiosa y sus ideales políticos, deben medir a ustedes con el mismo rasero, y más en las actuales circunstancias porque atravesamos y que para nada tienen ustedes en cuenta, lo que significa una verdadera e imperdonable traición a sus sentimientos atólicos y a sus ideas monárquicas.

Es cuanto por hoy puede decirles su seguro servidor,

J. M. de C.

Al terminar la lectura, don Cástulo se deslizó un nombre en los oídos de don Patricio.

JUAN DEL PUEBLO